

REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En el taller de encuadernaciones, calle de San Félix, número 2, en el almacén de papel de La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bederá, Sanz, Francés, Osés y Menéndez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Pérez.—TERUEL: Administración de *El Turolense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.

—Se insertan anuncios á precios convencionales.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza.....	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 »	18 »	32 »

Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá al Director de la REVISTA DE ARAGON, D. Mariano de Cavia, Píno, 2, 2.º—Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la librería de Osés, D. Jaime I, 42, frente al restaurant de Fortis.

—No se devuelve ningún manuscrito.

SUMARIO.

- I.—*Advertencia*.
- II.—*Crónica Aragonesa*, por D. Mariano de Cavia.
- III.—*Antigüedades de Aragon*.—*El Castillo de la Aljafería* (conclusion), por D. Mário de la Sala.
- IV.—*Espronceda*.—*Su vida* (continuacion), por D. Faustino Sancho y Gil.
- V.—*Siete días en Annam*, novela original (continuacion), por don Baldomero Mediano y Ruiz.
- VI.—*La Felicidad*, soneto, por D. Valentin Marin y Carbonell.
- VII.—*Libros remitidos á esta redaccion*.
- VIII.—*Espectáculos, miscelánea y anuncios*, en la cubierta.

ADVERTENCIA.

Suplicamos á los señores suscritores de fuera de Zaragoza que estuvieren en descubierto del pago del trimestre actual, que se sirvan remitirnos prontamente dicho importe, bien por medio de carta á nuestra Direccion, bien por medio de sus amigos en esta capital, entregándolo en la librería de Osés, D. Jaime I, 42, frente al restaurant de Fortis.

Desde hoy no serviremos fuera de esta capital suscripcion alguna cuyo importe no haya sido anticipadamente satisfecho.

CRÓNICA ARAGONESA.

Habent sua fata libelli, dijo el poeta venusino, como si solo en los libros ejercieran los hados su enérgica influencia. Sin echarla de fatalista, creo que hay en todas las cosas algo secreto, algo íntimo y singular, que si no es la fuerza del sino, tan decantada por vates antiguos y modernos, se le parece mucho.

¿Se escapa algo al terrible *ananke* que vió grabado Víctor Hugo en una de las torres de Nuestra Señora de París? No serán seguramente los ferrocarriles carboníferos de Aragon. La fatalidad les persigue; la suerte se ha empeñado en jugar con el éxito de su empresa como el hábil torero juega con el *bicho* y despues de mil peligrosos lances, acaba por rendirle á sus plantas, fatigado y moribundo.

Más incidentes que en pleito oscuro y embrollado; más peripecias que en comedia antigua ó en novela de Fernandez y Gonzalez; más dimes y

dirétes que en altercado de plazuela; más idas y venidas, vueltas y revueltas que en cuadros de linterna mágica; más cosas y casos, cosillas y cosas que las que pudo soñar inventiva fecunda y embrollona, han surgido y surgen de continuo en la cuestion de esos ferro-carriles, tan provechosos y necesarios para ricas é importantes comarcas de Aragon, tan deseados por todo el país y tan combatidos por causas múltiples que solo parecen tener un punto de contacto y enlace: la fatalidad.

Supongo enterados minuciosamente á mis lectores de los últimos sucesos, y dejo el papel de historiador para tomar el de comentarista, siquiera en breves frases, rápidamente escritas, no se puedan exponer los mil y un comentarios sustanciosos que suscita esa complicada cuestion.

¿Estaremos quizá en el principio del fin? Es de esperar que sí, y que de una vez acaben las fluctuaciones y vaivenes que, ora inspirando gratas esperanzas, ora dañando valiosos intereses, mantienen gran parte del país aragonés en la zozobra y la inquietud.

—Pero, señor, decía há pocos dias un caballero, ¿qué habrá en esa cuestion, que todo el que en ella pone las manos, se las tizna?

—¡Qué ha de haber! respondió álguien que le oía; mucho carbon de por medio.

* * *

Hace ya algunos años—ni tantos que la memoria no pueda colmar el paréntesis día por día, ni tan pocos que en su trascurso no pueda elaborarse cabal y perfecta educacion artística—andaba por Zaragoza un mancebo, cuyo aspecto sencillísimo pintaba la modestia de su origen y de su condicion.

Alentado por incontrastable vocacion y amor irresistible hácia el arte de Goya y Velazquez, era el manejo de pincel y paleta su único estudio, su única ocupacion, su única delicia; mas no picando en alta y holgada esfera, sino ciñendo sus extraordinarias aptitudes á trabajos tan ordinarios y vulgares, que más bien se le pudiera haber podido calificar á veces de *aprendiz* que de *discípulo* de los que en el cultivo del arte le aleccionaban. Pero es imposible al génio permanecer oculto en las sombras del olvido y es en vano reprimir sus ne-

cesarias expansiones. Rasgos brillantes, deslumbradoras llamaradas le descubren á la pública admiracion. Bien pronto el modesto y sencillo artista cautivó la atencion de sus maestros y lisonjeó las esperanzas de sus amigos y protectores. Hoy un croquis esbozado á escape sobre el guardacanton de una callejuela; mañana media docena de brochazos para improvisar la decoracion de un teatro casero; un toque por aquí, una pincelada por allá, simples menudencias, pequeños desperdicios de un gran talento en embrion, bastaron para que algunas gentes avisadas y de ojo perspicaz vieran en el humilde Paco Pradilla, desapercibido entónces en la populosa capital de Aragon, un heredero del inapreciable caudal de inspiracion y estudio que dejaron artistas inmortales.

No han sido vanas esperanzas: Francisco Pradilla ha logrado recojer herencia tan preciosa y la devuelve á su patria y al arte con usura. Madrid entero admira su talento en la Exposicion de Bellas Artes; las naciones todas le saludan en la Exposicion Universal; el Gobierno francés le condecora; el Gobierno español pide á las Cortes un crédito para adquirir su mejor cuadro. ¡Todos ven en Francisco Pradilla brillante luminar de la gloria contemporánea!

Hoy está á orillas del Tíber; junto á las grandes obras de los grandes maestros; bajo el cielo luminoso que ha enviado espléndidos reflejos sobre las frentes de Miguel Angel y Rafael, de Canova y Fortuny; saturando su espíritu en el ambiente de aquella ciudad incomparable, cuna de tantas grandezas, sepulcro de tantas maravillas; dando pasto gratisimo á la actividad de su imaginacion y á la destreza de su pincel en la artística evocacion de dos figuras insignes de la patria historia, de dos monarcas gloriosos del Reino de Aragon.

Los retratos de Alfonso I y Alfonso V, destinados á las Casas Consistoriales de Zaragoza, ocupan en estos momentos el trabajo de Pradilla. Un paisano y compañero suyo, hijo tambien de esta ciudad, tambien artista de valiosas dotes, escribe desde Roma á la REVISTA DE ARAGON una carta tan amena como fecunda en noticias de interés artístico. Dice así, entre otras cosas, Joaquin Pallarés, que éste es el pintor á quien me refiero:

«Mi buena suerte quiso que á quien primero habia de abrazar al llegar á Roma fuese á nuestro paisano y amigo Pradilla. Dirigiéndose á su estudio, se cruzó conmigo, y si se alegró de ver á su compatriota, yo me alegré por verle á él amigo, artista de mérito y gloria de nuestro país. Hizome ir á su estudio al manifestar yo deseos de ver lo que pintaba (esto era lo primero que yo queria ver en Roma), y una vez en aquel estudio, donde tantos planes se desarrollan y se desarrollarán para gloria del arte español, una vez allí y despues de descansar un momento, ví... un guerrero que, de pié, la mano izquierda en la empuñadura de la espada y la derecha jugando inconscientemente en el cinto, parece desafiar con su mirada fiera y bizarra á la morisma, y cuya fisonomía revela un alma de fuego y un corazon de acero; una cabeza que no se humilla, aunque una mujer reina lance sobre ella deshonor y vergüenza, y que aun estando sin corona, se adivina que es la cabeza de

un rey, y rey valiente, caballero, altivo: D. Alfonso el Batallador.

Yo imaginé que estaba frente á frente del mismo D. Alfonso; tal es la verdad del cuadro. Aparece el rey vestido de malla, con una dalmática blanca y en el cinto ancha espada que oprime con energía; destacándose la figura sobre un cielo nebuloso, como es el de Aragon, y en cuyo horizonte se ven unas montañas. El cuadro ofrece una impresion muy agradable, tiene un tono gris (que contrastará con el de Alonso V) sin ser frio, secreto que posee el autor de «Doña Juana la Loca.»

Sin duda es el retrato de D. Alfonso I una obra de arte muy notable. Está dibujado con energía y grandiosidad; hay mucho carácter tanto en el personaje como en los detalles del traje, dificiles de encontrar y no conocidos de todos, á causa de lo remoto de la época y lo poco simpático que es todo lo que á esa época se refiere.»

El estimable corresponsal de la REVISTA DE ARAGON en Roma termina sus noticias dando la muy satisfactoria de que probablemente dentro de esta semana dejará Pradilla concluidos ámbos cuadros. Pronto, pues, tendrán los zaragozanos el placer de admirar y poseer dos bellas obras de su ilustre paisano, jóven aún, para mayor esperanza y honra de esta tierra.

* * *

En la capital de Aragon, adormida ántes por el arrullo de los cuatro rios que riegan su deliciosa vega y por el recuerdo de las mil empresas que esmaltan su historia, crece y se desarrolla de un día para otro el movimiento intelectual.

En una misma noche, la del viernes pasado, han llamado la atencion del público inteligente y culto tres sesiones científicas de evidente interés y alta importancia: una en los salones del Casino; otra en los del Centro Mercantil, Industrial y Agrícola; otra en la Real Academia de Medicina y Cirujía.

Si se leyera y estudiara tanto como se habla y se oye hablar, ¿quién contra nosotros? Pero el libro, donde se adquiere el saber sólidamente, está abandonado, mientras la conferencia pública, donde se vá de asunto en asunto como la abeja vá de flor en flor, se vé concurridísima.

El carácter meridional está en carácter—y permítaseme la redundancia.

Ni es sólo la ciencia en pequeñas dosis la que interesa ahora á mis paisanos; el arte, al alcance de todas las inteligencias y todos los bolsillos, obtiene hoy culto ferviente y general. La manía filarmónica se ha desarrollado espléndidamente. No hay ya café en Zaragoza ni centro donde se reuna media docena de personas, que no ofrezcan á los oidos más ó menos delicados de los concurrentes un concierto musical.

Un refrán—y nadie ignora que los refranes constituyen la sabiduría de las naciones—dice que *cundo el español canta, ó rabia ó no tiene blanca.*

¿Quién sabe? Quizás este repentino amor al arte de Mozart y Rossini ofrezca un dato de interés para los pesimistas... Yo, que no aguardo á verme acosado por el mal humor ni por la escasez monetaria para gustar las melódicas inspiraciones de

los buenos maestros, me congratulo de que el gusto público tome impulso y dulcifique las costumbres.

Si el ferro-carril del Bajo Aragon no se concluye, que haya al ménos mucha música en Zaragoza.

*Oh primavera, gioventù dell' anno,
Gioventù, primavera della vita.....*

La primavera se presenta este año disfrazada de elector, y gritando: ¡A las urnas!

La juventud aparece vestida de quinto, y diciendo: ¡A las armas!

Bellos y variados dones nos ofrece el tiempo... Flores y fusiles, cédulas y aromas.

Gocemos de todos ellos en grata confusion; pero cuidado con que en vez de salir diputados de las urnas, salgan *lilas*.

MARIANO DE CÁVIA.

ANTIGÜEDADES DE ARAGON.

EL CASTILLO DE LA ALJAFERÍA.

(Conclusion.)

IV.

Bosquejada á grandes rasgos la historia de la Aljafería, entraremos llanamente en la parte descriptiva, pasando de largo por su mezquina fachada, resto principal de la renovacion mandada hacer por Felipe el Animoso, y prescindiendo por completo de los cuarteles, pabellones y torres angulosas que recientemente se erigieron (1).

Debe suponerse que el primitivo palacio fué un edificio cuyos principales salones y aposentos ocupaban la planta baja, segun costumbre de los árabes; rodeábale un robusto muro guarnecido por diez y siete torres, y tenia el ingreso á la parte del sur (frente á la actual carretera de Madrid) comunicándose por ancho vestíbulo con el pátio principal que hoy llamamos de Santa Isabel. Pátios magníficos, estancias decoradas con todo el primor de la ornamentacion arabesca es lo que de la Aljafería refieren nuestros cronistas, y muy especialmente Jerónimo de Blancas en su precioso tratado de las Coronaciones y Juras reales. El Católico monarca D. Fernando engrandeció el edificio reedificando hácia la parte del Sur la Capilla de San Jorge, que ya no existe, y elevando la fábrica general cuando labró los régios aposentos, que á pesar de las injurias del tiempo y de las devastaciones de la malicia y la ignorancia conjuradas en su daño, todavía conservan sus mudéjares techumbres, doradas con el primer oro procedente del nuevo mundo (2). La grandiosa escalera que

sube á dichos aposentos muestra la arrogante divisa de sus fundadores en el geroglífico del *Tanto Monta* con el yugo y el haz de flechas, que compuso el maestro Antonio de Nebrija, como emblema de que nada resiste al poderío de los insignes deladores de Granada; y tanto en los calajes de la balaustrada como en las primorosas ventanas de la meseta, claramente se observan ricos detalles de labor sarracena, mezclados con el estilo gótico de la decadencia, que patentizan lo arraigado que estaba en Zaragoza el gusto árabe cuando al cabo de cuatro siglos de dominacion cristiana todavía los mudéjares imponian su sello á todas las construcciones.

La *Sala Mayor*, llamada tambien *del Trono*, conserva su artistico ingreso decorado con las armas de Castilla, Aragon, Sicilia y Granada, guarnecidas por dos leones tenantes de tan excelente escultura, que muestran bien los adelantos de este arte á las postrimerias del siglo xv. Todavía más notable es la suntuosa techumbre de esta estancia rodeada de artistica galería, y formada por case-tones octógonos de cuyos centros penden piñas doradas que nos recuerdan el histórico *Salon de las Piñas* del incendiado Alcázar de Segovia, erigido durante la minoridad de D. Juan II de Castilla, que acaso sirvió de modelo al que en este momento describimos; por bajo de la galería corre una ancha faja con una inscripcion que en los tiempos de su integridad decia así:

«Ferdinandus Hispaniarum, Siciliae, Sardiniae, Corsicae, Balearumque Rex, Principum Optimus, Prudens, Strenuus, Pius, Constans, Justus, Felix: Elisabeth Regina, Religione et animi magnitudine supra mulierem, insigni conjugis, auxiliante Christo victoriosissimi, post liberatam à mauris Baeticam, pulso veteri feroque hoste, hoc opus construendum curarunt anno salutis MCCCCXCII.»

No terminaremos la descripcion de esta sala magnífica, en que se conmemoran á la vez los tres hechos más culminantes de las glorias españolas del siglo xv, como son la unidad de la patria conseguida por el enlace de Fernando é Isabel, la conquista de Granada que vino á terminar la lucha de ocho siglos entre la cruz y la media luna, y el descubrimiento de las Américas, página la más eminente de los anales del mundo, sin recordar las elocuentes frases que la dedica un escritor contemporáneo cuando dice, «que recuerda la grandeza característica de la monarquía de los reyes católicos que en todos sus edificios imprimian el sello de la elevacion ostentosa, pareciendo dar testimonio de la robustez moral que el trono iba adquiriendo merced á sus continuos triunfos; y que aun en medio de su actual desnudez y abandono, transpira, por decirlo así, como en un varon eminente que sucumbe á los rigores de la fortuna, cierto aire de grandeza y majestad que el alma generosa contempla respetuosamente.»

Contiguos á la Sala Mayor existen otros aposentos con artesonados ménos ricos, pero de la misma época que los de aquella, siendo pia tradicion que en una de esas habitaciones nació la bienaventurada Santa Isabel: es posible y casi seguro que en la sala de los Mármoles ó en alguna de las cua-

(1) Dirigieron estas obras desde 1859 á 1872 los Jefes de Ingenieros militares D. Andrés Brull, D. Manuel Villademunt y don Francisco de Zaragoza.

(2) «El primer dinero que se libró á Colon para su gloriosa empresa, se sacó de la Tesorería de Aragon, y así dispuso tambien el Rey que del primer oro que se trajo de las Indias, se diese una parte á este Reino, con la cual se doraron en Zaragoza los techos y artesonados de la Sala mayor del Real Palacio de la Aljafería. — Véanse inscripciones latinas á los retratos de los Reyes de Aragon por Blancas. Escolio XXXVII, del Arcediano Dormer.

dras inmediatas que caían debajo del cuarto á que se adjudica ese mérito, viese su primera luz; pero no se concibe que la insigne hija de D. Pedro el Grande haya podido nacer en un aposento labrado por los Reyes Católicos más de dos siglos después.

De la primitiva planta baja sólo se conserva, y no íntegro, un pequeño *alhamí* llamado el *baño ó lavatorio* (1), contiguo en otro tiempo á la Sala de los Mármoles, que era la principal y más eminente del Alcázar: no es posible contemplar sin pena el desden y punible abandono con que se condena á la ruina esa bellísima estancia de veintiseis palmos de diámetro en cuyas ocho caras se levantan otros tantos arcos apuntados, excepcion hecha de uno en herradura que sirve de entrada á un pequeño nicho abovedado en figura de concha (2). Todos los arcos, llenos de complicadísimos dibujos de muy pronunciado relieve, se apoyaban en columnitas de mármol rojo de las canteras de Albalate con preciosos capiteles de alabastro de Escatron y mármol blanco de Alcañiz; los tableros del muro conservan en gran parte su laceria arabesca de hojas, flores, piñas y granadas, graciosamente combinadas, y á diez y ocho palmos de altura sobre el pavimento corre una galería de arcos lobulados sostenidos por ligeras columnitas, que debió servir de apoyo á la primitiva techumbre ántes que los Reyes Católicos, primeros mutiladores del palacio de Abu-Jafar, labraran los reales aposentos.

Próxima al alhamí que dejamos descrito, y á la parte del Norte del pátio llamado de la Iglesia, se levanta la antiquísima capilla real bajo la advocación de San Martín, cuyas venerables memorias alcanzan al año 1118, primero de la reconquista de Zaragoza. Restaurado este templo en los tiempos del Rey D. Felipe V, disuenan completamente sus tabicadas ogivas con los dóricos pilares que las sustentan, y para colmo de absurdo y anacronismo no se le proporcionaron mejores adornos que el churrigueresco retablo mayor, estatuas deplorables y desdichadas pinturas procedentes del ex-convento de Santo Domingo, pudiendo solamente mirarse con gusto dos retablos del renacimiento con lienzos del buen tiempo que representan á la gloriosa Santa Isabel y la Virgen del Rosario. Consta la capilla de tres naves y mide 90 palmos de ancho por 84 de largo, resultando casi cuadrada.

El pátio de Santa Isabel, reedificado recientemente, nada conserva ya del ornato primitivo; la escasa elevación de sus antiguos claustros movió á los Reyes Católicos á dar mayor ensanche y aumentar la altura de la galería que conduce á la gran escalera, poniendo en ella el escudo de sus armas que sostienen dos grifos, en el mismo lugar en que anteriormente debió estar el ingreso á la cuadra de los Mármoles. En la galería del fondo, que correspondía al primitivo vestíbulo del Alcá-

zar, existieron hasta los últimos años cuatro arcos notabilísimos que, desmontados con esmero, pudieron ser destinados á los Museos para su conservación, colocándose dos de ellos en el *Arqueológico Matritense*, donde los hemos visto perfectamente restaurados, mientras los otros dos, despedazados todavía y almacenados en el Provincial de Zaragoza, esperan que una mano protectora les saque del olvido en que yacen.

V.

Sólo estas nobles reliquias perseveran en la Aljafaría; para comprender lo que fué ese artístico y célebre monumento de la Edad Media, hay que acudir á los Museos en demanda de los esparcidos restos de sus techumbres, de las caladas celosías de sus ajimeces, de los alicatados mosaicos que formaron el pavimento de sus estancias, de sus capiteles cincelados en alabastro con la gracia y perfección que los corintios, de los delgados fustes de las columnas de mármoles rojos y blancos que sustentaban sus arcos por todas partes multiplicados, y de los arcos mismos, ya que merced al moderno afán de coleccionar lo antiguo se conservan algunos completos (1). Adviértese en estos arcos, todos lobulados, una complicación de laceria formada de hojas y frutas en combinación con primorosas columnitas inclinadas que producen excelente efecto. Su trabajo es más duro y ménos delicado que el de la Alhambra; no son vaciados como los del alcázar Granadino, pues fácilmente se observan las huellas del cincel con que fueron esculpidos en casi petrificado yeso, ganando mucho más en vigor y en energía que lo que pierden en delicadeza y refinamiento; que el genio artístico participa en gran manera de los caracteres de localidad, y no es extraño que los árabes aragoneses produjesen obras que reflejando la energía de su temperamento y la dureza de su clima, discrepen completamente del estilo árabe-andaluz tan en consonancia con las dulzuras y encantos de la Bética.

En el *intrados* de alguno de estos arcos se observan medalloncitos que tienen esculpidos monstruos y dragones semejantes á los que suelen adornar los capiteles románicos del siglo XII y los góticos del XIII, cuya particularidad, contraria á la ley, casi siempre observada por los mahometanos, de no representar animales en sus obras decorativas, engendra la presunción de que tan interesantes modelos de la cultura árabe acaso hayan sido trabajados por *mudéjares* después de la reconquista de Zaragoza, no faltando quien sustente la opinión de que fueron labrados hacia fines del siglo XV; que aquella presunción es digna de tenerse en cuenta, no hay para qué negarlo, pero el señalar esa época relativamente moderna á dichas construcciones es tan desprovisto de razón, cuanto que habiendo quedado mutiladas por los aposentos erigidos en tiempo de los Reyes Católicos mal podrían ser contemporáneas ni más recientes, y esto prescindiendo de que á la simple inspección de los

(1) El Sr. Nougues supone que este alhamí era mezquita ó oratorio particular de los Reyes moros, fundándose en su manifiesta semejanza con el que existe en la Iglesia Metropolitana de Zaragoza.

(2) Siendo Capitán general de Aragón el Excmo. Sr. D. Fernando de Norzagaray, tuvo el loable propósito de hacer restaurar esta estancia, en la que mandó abrir la pequeña puerta que comunica con el pátio de la Iglesia; pero los trabajos de restauración fueron suspendidos apenas principiados. ¿Quién los continuará?

(1) Sólo en el Museo Provincial de Zaragoza se conservan 118 números de objetos de arquitectura árabe procedentes de la Aljafaría.—(Véase el Catálogo publicado en 1868.)

objetos es imposible que se les niegue mucha mayor antigüedad.

No es fácil señalar con fijeza la época precisa en que se hicieron los ornatos de que nos ocupamos, pues debe haberlos de tiempo anterior al año 1118 y de los primeros años del siglo xiv en que don Jaime II el Justo restauró el palacio valiéndose de alarifes que le proporcionó el rey moro de Granada su aliado. No es presumible siquiera que al abandonar los árabes su Alcázar le dejarán en estado de necesitar inmediatas reedificaciones, pero desde la época en que fueron desposeídos hasta la segunda mitad del siglo xiii en que la familia de D. Pedro el Grande aparece viviendo en la Aljafería, median más de ciento cincuenta años, período bastante largo para que pudiera dar motivo á la necesidad de reparaciones parciales, y sólo así se explican las reminiscencias bizantinas que se observan en algunas de las reliquias que examinamos, como para acusar la mano de los mudéjares, que en la época citada no faltaban en Zaragoza.

De todos modos, los restos árabes del palacio de la Aljafería, lo mismo que los aposentos que erigieron los insignes conquistadores de Granada, son joyas importantísimas bajo el punto de vista del arte y de la historia; hasta por decoro nacional debemos interesarnos vivamente en la conservación de lo poco que nos queda, pidiendo uno y otro su restauración inteligente para que los venideros no tengan que aplicar al palacio de los Reyes Arabes de Zaragoza los hermosos versos con que nuestro poeta Pablo de Céspedes deploraba la ruina de los grandes monumentos de la antigüedad romana:

«Los soberbios alcázares alzados
En los latinos montes hasta el cielo;
Anfiteatros y arcos levantados
De poderosa mano y noble celo,
Por tierra desparcidos y asolados
Son polvo ya que cubre el yermo suelo;
De su grandeza apenas la memoria
Vive y el nombre de pasada gloria.»

MÁRIO DE LA SALA

ESPRONCEDA.

SU VIDA.

(Continuacion.)

En Inglaterra, según ha escrito el biógrafo más elocuente del que el muy docto Sr. Leal ha apellidado Jeremías de los tiempos modernos y Edipo del mundo de nuestras viejas instituciones, el suelo es verde, esponjoso, húmedo; el cielo sombrío, pardo, lleno de vapores ya blanquecinos, ya tirando á violeta, á través de cuyas masas destila una luz indefinible, pálida, como si proviniera de colosal luna; los árboles, elevándose á inmensa altura, tienen claro verdor y caprichosos recortes, cuya gracia y cuyo misterio se aumenta entre los pliegues de las nieblas, que prestan su misterioso velo, allá lejos, á las ojivas de la Abadía de Westminster y á las góticas torres del Parlamento, las cuales parecen, merced á su fantástica envoltura de vapores, no tanto sólidos edificios, como extraños dibujos, agujas fuertes, sombrías es-

tampas, trazadas por algún génio, en el acuoso aire y próximas á disiparse como nubes (1). En esas tierras, en que la estatua más blanca parece convertirse en hulla, el génio del Mediodía vive tan angustiado como los rotos mármoles del Parthenon, lejos de las colinas de Minerva, de las adelfas de Apolo y del balsámico aire del Himeto que respirasen Calícrates, Jetino y Fidiás; siente la horrible nostalgia que las *Tristes* de Ovidio retratan y desea perder de vista aquellas playas; trocar la vista del Océano sin límites por ese Océano en miniatura que se llama Mediterráneo, por el mar que sirvió de fondo á las decoraciones del Teatro de Sófocles, por el mar que es espejo del Tocador de España y de Italia, una inmensa esmeralda líquida, un vaso de Paros, lleno de rosadas perlas de bellísimo oriente...; por el mar cuyas orillas son magníficas salas de un museo de paisajes expuestos por ese pintor divino que se llama naturaleza; por el mar, sensible á los caprichos de la luz, á los giros del aire, que de día ostenta todos los matices que tuvo la paleta que sirviese para decorar la creación, y que de noche, con el riêlar dulcísimo de su plácida luna, con sus admirables fosforescencias, con su inmensidad brillante, con sus suaves brisas, con sus rumores, que son ecos de la égloga de Teócrito y de la égloga italiana, obliga al hombre á olvidarse del mundo, para llegar hasta místico arrobamiento, en sus visiones de lo infinito; por el mar, en fin, de esmaltadas algas, de inmortales iris, de seductoras marinas, que con el azul de su cielo, con sus lejos y con sus sombras, inexplicables por la palabra humana, con las refracciones, en las movibles olas, del primer rayo del día que el Guido condensara en el casino de los Rospligiosis, con los encajes de sus espumas y con los espejismos de sus horizontes,—maravillas de la arquitectura del universo,—con su atmósfera de oro y rosa, con sus promontorios de clásico dibujo, con sus golfos, en los que cree aún la mente estar viendo la negra cabellera de las nereidas, dice que allí nacieron, para nunca morir, los vívidos dioses del arte, y se mece aún la cuna de la religión pagana, cual en los días del gran épico, nacido en las márgenes de un arroyo, bajo un plátano, entre un coro de ruiseñores y los himnos de una magnífica procesion griega.

El torbellino de los hechos, ese torbellino de los hechos, que lanzara al colegial de Harrow á los mudéjares laureles de Sevilla y á los Propileos; al cantor de los *Mártires*, al sepulcro de Cristo y á aquel sublime suicidio de las aguas que se llama catarata del Niágara; á Goethe, al Vaticano; á los mares del hielo, á los frios del Sena, á los vapores de Londres, á la falda de los Alpes, al faro de Malta, á Hugo Fóscolo, á Heine y á Martínez de la Rosa, á Mazzini, á Quinet y al Duque de Rivas...; á Víctor Hugo, á la isla *Cesárea* del itinerario de Antonino, que aún conserva rastro del viejo normando, santos recuerdos en sus rocas y en sus soledades, ecos de la voz de Guillermo el Bastardo ó del autor del romance de Rou; el torbellino de los hechos, que no pocas veces en este siglo ha lanzado á los númenes por la faz del globo para que borrando las razas poéticas, cincelasen la lira humana, lanzó, señores, al país donde resplandeció el génio de Shakspeare, al ilustre hijo de Extremadura, al gran poeta de carácter flexible, de conciencia empapada en la gran concepción del ideal más humanitario, que cual otro Prometeo, vino á la vida con lumbre celeste en la frente y encadenado á la tierra, en lucha con la realidad impura.

Espronceda, independiente por carácter, original por su génio, educado en el seno de España, encontróse con uno de esos pueblos *que templan las enér- gi-*

(1) Castelar.

cas nativas fuerzas de su libertad con el rigor de las costumbres; con uno de esos países libres cual ninguno, pero como ninguno, obediente ciego de las más despóticas leyes convencionales; con la sociedad más complicada, más ceremoniosa, más mecánica del mundo.

Sin embargo, señores, aunque las costumbres del Byron ibérico eran las niveladoras é igualitarias del país donde el sol se pone; aunque como artista juzgaba que los climas naturales de su alma eran los climas del Sud, que estimulan el deseo de realizar la poesía en la vida ó el de exaltar la vida hasta la poesía; no sufrió lo que quizá álguien cree, en las tristes orillas del río que ennegrece las estatuas de blanco mármol cinceladas en la zona del azahar, porque allí bebió los elixires consoladores con que le brindara ese Norte, *donde los héroes pierden lo que en ellos es eternamente grande, el alma.* Recordad, señores, que á la luz de un sol de nieve se han escrito las creaciones de Hoffmann y de Richter; recordad que el calor meridional descompone en sus sepulcros á las edades muertas y el frío las conserva, facilitando de esta suerte una resurrección; recordad que entre los hielos se siente el génio estimulado á bajar á calentarse en el calórico central de nuestro sér y que en el Mediodía abrasa el calórico que vivifica; recordad que lejos del Ecuador, el cuerpo se pierde «como un ángel, en cielos infinitos é ideales;» recordad que la poesía espiritualista es planta polar y no del trópico, y os explicareis el por qué Espronceda, á pesar de su destierro y de su pobreza, pudo vivir dentro de la atmósfera en la que Walter Scott levantó de sus tumbas á los personajes antiguos é hizo Shakspeare sus viajes submarinos por el océano del alma, sus viajes de circunvalación del globo del espíritu. Espronceda sentíase bien en aquel *nido de cisnes colocado en medio de un vasto estanque*, porque le movía á soñar, porque aquel era el país de Byron, ese griego antiguo escapado de una tumba de Atenas y renacido por una originalidad de la Providencia en Inglaterra; ese hijo de Fausto y Elena (1) caído del cielo al fango como Satanás, pero que conservó, con su místico espiritualismo, su seductora belleza; ese gran poeta, soñador bajo el olmo de Harrow, amante de la Condesa de Guiccioli, hermano de inspiración de las gaviotas del Lido, y solitario meditabundo del caritativo lago que prestó consuelos al sombrío Rousseau, tranquilidad para el estudio á Gibbon, y compañía á aquel descendiente de Rabelais y de Moliere, que con su luminosa sonrisa dominó el gran siglo de Montesquieu y de Buffon, de Beaumarchais y de Diderot, de Mirabeau... Oh! no! no puedo seguir enumerando glorias del siglo enciclopédista!

He nombrado á Mirabeau, que equivale á nombrar al jefe de la Academia en el Atica, á Cicerón ó á Tácito en Roma, á Santo Tomás en la Edad Media, al Dante en el crepúsculo matutino del Renacimiento. ¡Mirabeau, señores! Es imposible leer la gran epopeya por Dios mismo escrita con estrellas en la página azul del firmamento, cuando el sol derrama sobre ella sus olas de luz de oro. En el cielo del siglo XVIII no se ven astros, desde el punto en que en él se pronuncia el nombre de aquel cuyos huesos debieran estar depositados en la cúspide de esa Gran Pirámide de la libertad que se llama tribuna francesa....

Espronceda sentíase feliz en Londres, viviendo para el estudio y para el amor. Allí leía la Biblia, vigorizaba el carácter poético de su alma con los versículos de los Profetas, con las inspiraciones severas, ásperas, monótonas, uniformes; pero solemnes y sublimes de los génios semíticos; bañaba las cuerdas de su lira

en el perfume del lirio de Isaias, de las azucenas de Salomón; fortalecía su imaginación viril con los espectáculos originales de la naturaleza británica; estudiaba las obras del primero de los trágicos, del primero de los líricos y el poema grandioso de Milton; y consagraba á su patria recuerdos, no descoloridos y débiles como los de Martínez de la Rosa, en ocasión parecida, sino expresados en un estilo digno del que mejor ha sabido lamentarse desde que la humanidad se conoce existiendo. Vivió en la patria de Sheridan, de Pitt y del lírico de la elocuencia, lord Chatam, hasta 1830, en cuya fecha trasladóse á París, donde se hallaba cuando estalló la Revolución de Julio, una de las erupciones más grandes de este Etna de ideas que se llama siglo décimo nono.

Como la pasión de Espronceda se llamaba humanidad, como la libertad era su esposa, ¡la esposa eterna de las grandes almas! como su mente abrazaba todos los sistemas que pudieran prometer algún remedio al desvalido, y su voluntad los medios todos que pudiesen conducir al triunfo de sus ideas, natural es que el español insigne combatiese, allí donde mueren ó vencen los valientes soldados del siglo que ha desarmado al cielo con el alambre de Franklin, que ha corregido el reloj del tiempo poniendo en él ruedas fundidas en el horno de Fulton.

El siglo XIX, señores, es el del arte universal y humano, que ha cantado la ciencia, el sentimiento, el dolor, la duda, la historia y la naturaleza.

Sí, él atravesó los umbrales de la puerta de entrada á la vida, ciñendo la espada de Washington y enarbolando la bandera tricolor, augustos símbolos de dos revoluciones que fueron diversas formas de un mismo pensamiento. En su alborada, la idea de igualdad encarnóse en un artillero, fundido para la guerra, como ha dicho Arolas, que más tarde había de hacer temblar á las Pirámides y al Capitolio; en aquel *coloso de la fortuna*, de quien no fué sudario la nieve de Rusia, porque tan inmenso sudario era aún pequeño para el vencedor de Arcola y de Austerlitz; en aquel desconocido hijo de la Córcega, que eclipsando la fama de Alejandro y de Anibal, carbonizó en el fuego de sus cañones la estrella del derecho divino en la corona de los reyes.

FAUSTINO SANCHEZ Y GIL.

(Se continuará.)

SIETE DIAS EN ANNAM.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuación.)

—Entonces no estará de más que prolonguemos otro rato nuestra estancia aquí: tres leguas pueden recorrerse muy pronto,—dijo el español ateniéndose fielmente á lo que su amada le encargaba por medio del ramo.

—¡Mirad!—dijo de pronto Yao, señalando á un hombre que conduciendo dos cabalgaduras se veía dirigirse hacia el punto en que se encontraban los tres viajeros.

—¡Es mi gufa!—exclamó Sir Humberto.—Ya estaba reclamando mi estómago su pronta venida!...

Traía aquel, además de su montura, una acémila conductora de dos cajones que Sir Humberto le había encargado. El primero que se abrió contenía una colección de botellas de licores y vinos capaces de satisfacer por su buena calidad las exigencias del más descontentadizo gastrónomo.

(1) Goethe.

Mas al abrir el segundo cajon, la expresion beatífica que habia animado al principio el rostro del inglés se cambió en la más reconcentrada cólera. Aulló dos ó tres formidables interjecciones británicas, y volviéndose á su compañero que contemplaba sonriendo su cómica desesperacion, exclamó parodiando á Yao:

—¡Mirad!...

El interior del cajon, en vez de las conservas de carne que el botánico esperaba, no contenía más que algunas armas y frascos de pólvora, vários libros é instrumentos científicos y una máquina eléctrica. El guía le habia tomado equivocadamente por el que habia ido á buscar.

—Consolaos,—exclamó Jaime,—que ya que tenemos esa magnífica coleccion de vinos, no dejará de depararnos la Providencia en nuestro camino alguna cabratibetana para condimentar un suculento beefsteak. ¡En marcha ya! Iremos cazando y aproximándonos lentamente al término de nuestro viaje.

—Sois un excelente compañero y un muchacho de grandes recursos,—dijo el inglés tomando, para paliar algun tanto las exigencias de su estómago, dos copas de Jeréz y media docena de bizcochos.

Diez minutos despues caminaban los cuatro en direccion al Hued-Saho.

VI.

CAZA Y PESCA.

Habíamos olvidado decir que el guía de Sir Humberto, además del anómalo equipaje de éste, habia traído consigo un magnífico lebrél que supo monopolizar todo el interés de la jornada levantando una bandada de dorados faisanes (de los que fueron abatidos tres por el plomo de los cazadores), y de allí á poco un enorme venado.

Despues de perseguirlo encarnizadamente por espacio de media hora, el botánico, aguijado tanto por su afición á la caza como por su furioso apetito, logró retardar la velocísima carrera del airoso cuadrúpedo alojándole una bala en la espaldilla.

Desmontaron todos y formaron un círculo en torno suyo.

Con el lebrél colgado de la oreja como un animado zarcillo, botó jadeante el animal y desapareció en la espesura, seguido muy de cerca por Yao.

Cuando los otros tres cazadores se precipitaron por el mismo camino, volvía ya el annamita limpiando tranquilamente el puñal que acababa de hundir en el pecho del venado, el cual yacía á dos pasos agitándose aun á impulsos de las últimas convulsiones de la muerte.

Luégo, mientras Jaime y Sir Humberto se entretenían en herborizar por aquel frondoso bosque, los dos guías encendieron una hoguera y se prepararon á asar las sabrosas lonjas en que quedó dividido muy en breve el ágil venado.

—Ved,—decia entusiasmado el botánico dirigiéndose á una colina cubierta de flores de color de rosa;—estas son las hortensias, cuyos corimbos resaltan con doble fuerza sobre el aterciopelado verdor de su follaje; esta es su verdadera patria, el clima en que naturalmente crecian hasta que un compatriota mio, el viajero Commerson, las naturalizó en nuestro continente para que sirvieran de gentil adorno á las beldades europeas. Ya Tumberg habia descrito estas flores, pero confundióndolas con otras especies. Aquí son conocidas con el nombre de *sau-cau-hoa*, y Commerson las tituló hortensias para perpetuar el recuerdo de una persona que le acompañaba en su expedicion.

—Querido sábio, suspended vuestra encantadora monografía, porque veo llegar una parte de ella incompatible con mi ignorancia.

—¿Cuál?

—La fastuosa nomenclatura de nombres griegos y latinos que de seguro no me interesará gran cosa. En cambio desearia saber algo de esta multitud de insectos blancos, negros y rojos que se apiñan entre sí formando grandes bolas, al pié de estos árboles.

—No es de mi cargo el estudio de sus singulares costumbres, puesto que soy botánico y no zoólogo. Sin embargo, si de los habitantes me está vedado tratar, no así de las habitaciones. Advertireis que estos estraños seres no se encuentran más que en las inmediaciones de tres clases de árboles: los naturales los conocen con el nombre de «nintching» (*rhus succedaneum* de A. Brongniart), «tong-sing» (*ligustrum glabrum* de Tunberg) y «goukin», que corresponde misma familia que el moukin arborescente (*hibiscus* á la *syriacus*). Las dos primeras clases son muy conocidas en Europa....

—Os suplico que paseis por alto todas esas científicas clasificaciones... me aburren de un modo inconcebible.

—Pues bien, dijo Sir Humberto,—empezaré por donde debia terminar, es decir manifestando que esas tres distintas especies de árboles constituyen una cópiosa mina cuyos explotadores son los insectos que han llamado vuestra atencion.

—¡Oiga! ¿y de qué es tan estraña mina?

—De cera vegetal, que en forma de sávia y de goma circula por su interior hasta que la picadura de los *la-tchong* ó abejas cochinchinas la hace fluir al exterior. Vedla: es esa sustancia blanca y viscosa que se aglutina al rededor de las ramas. En cuanto á las demáscostumbres de esos interesantes insectos, tampoco dejan de ser curiosos, y para que os informéis de ellas os remito á la magnífica «Descripcion de la China» que ha traducido el laborioso orientalista Mr. Estanislao Julien.

—Yo soy muy indolente y preferiré que, despues de estudiarlas por vuestra cuenta, me hagais de ellas una explicacion tan entretenida y agradable como todas las vuestras.

Uno de los guías anunció entónces que la comida estaba preparada ya, y dió término á las científicas investigaciones de los dos europeos, que hicieron honor á las dotes culinarias de los cocineros indígenas.

—Confortable asado! ¡Excelente preparacion!—Tales fueron las sinceras exclamaciones en que prorrumpió el botánico al ver dignamente satisfechas las más difíciles exigencias de su estómago. En cuanto á Jaime, comió con el apetito inherente á la juventud, aunque con sobriedad verdaderamente española.

De allí á poco se pusieron en marcha de nuevo: al cabo de una hora de camino divisaron á lo lejos una gran cinta ancha y brillante.

—¿Es el Hued-Saho?—preguntaron.

—Es el rio Bienk-tsai: el Hued-Saho dista aún una legua.

—¿No tiene puente este rio?

—Es vadeable,—repuso Yao.

Cuando llegaron á la orilla, ámbos cochinchinos, despues de examinar cuidadosamente las dos márgenes, se volvieron hácia sus amos y les manifestaron la imposibilidad de cruzar el rio.

—¿Cómo así?—preguntó el español con sobresalto.

—Sin duda á consecuencia de alguna tempestad viene muy crecido, y el vado está cubierto.

—¿Y será forzoso detenernos mucho en esta orilla?

—Algunas horas, porque las aguas decrecen ya. Al amanecer podrá vadearse sin peligro.

—Me ha fatigado el paso de mi cabalgadura; voy á sentarme sobre aquel tronco,—dijo entonces Sir Humberto señalando una eminencia que en la orilla del Bienk-tsay parecía efectivamente un leño cubierto de musgo ó légamo.

Detúvole Yao y, con su acento más tranquilo y apacible, exclamó:

—¡Es un cocodrilo!.....

—¡Demonio!... —dijo Sir Humberto poniéndose verde.

Era efectivamente uno de esos formidables reptiles que descansaba voluptuosamente sobre la arena caliente por la influencia solar. Medía cerca de cinco metros de longitud desde el hocico á la extremidad de la cola, y su color ceniciento se veía surcado por bandas oscuras y transversales.

El sábio le dirigia miradas coléricas y rencorosas que daban á su semblante sonrosado y comunicativo una extraña expresion. No podia olvidar el engaño de que le habia hecho víctima la tosca é informe mole del mónstruo.

—¡Un cocodrilo! ¡Cacémosle!—exclamó á la vez Jaime deseoso de entretener de cualquier modo las horas en que la crecida del Bienk-tsay le obligaba á permanecer inactivo. Y se adelantó despues de amartillar los dos gatillos de su excelente carabina.

—¡Las balas no penetran su piel!—observó Yao.

—¡Tengo seguridad en mi pulso y se las alojaré en los ojos!—respondió desdenosamente el español.

—¡Esperad, amigo mio!—dijo de pronto Sir Humberto dándose una palmada en la frente.—Tengo una idea magnífica, que hará más entretenida la caza del cocodrilo y que me vengará por completo de la indigna mistificacion de que iba á ser juguete por causa de ese abominable lagarto.

Como se vé, el odio del sábio rayaba en el desprecio.

—Veamos esa idea....

—Consiste en utilizar la pila de Bunsen que mi guía trajo inadvertidamente y en dar al espectáculo todo el interés y atractivo de una experiencia científica.

Y Sir Humberto con una actividad febril la sacó del fardo en que estaba colocada, arregló sus pares, colocó los reóforos ó hilos conductores y la puso en disposicion de funcionar. Despues tomó un bote de hoja de lata que contendría algo más de dos kilogramos de pólvora y le atravesó con uno de los hilos conductores.

Hecho esto pidió un trozo de venado de los que los prevenidos guías habian guardado: trajéronle uno de más de seis libras y en medio de él acomodó el frasco de pólvora.

Jaime empezaba á comprender; en cuanto á los annamitas se contentaban con presenciar aquellos preparativos con una gravedad y un aire de suficiencia capaces de tentar á la risa al hombre más tético.

Despues de todo esto colocó Sir Humberto aquel cebo á unos veinte pasos de la pila de Bunsen y no lejos del cocodrilo, y arregló los hilos conductores de modo que pudiesen estenderse á otros veinte pasos más, para lo cual les agregó otros dos ovillos de alambre que á prevencion llevaba.

—¡Ahora esperemos!—dijo exhalando un suspiro de satisfaccion.

No tuvo que hacerlo mucho tiempo. Despertóse el mónstruo, agitóse perezosamente sobre su lecho de arena y no tardó mucho en apercebir el cebo á su voracidad preparado. Los annamitas y Jaime se habian escondido detrás de los corpulentos troncos de los árboles que allí crecian, y aun el mismo Sir Humberto habia juzgado prudente esquivar la vista del terrible reptil que, hambriento en extremo, llegó á

donde estaba depositado el tasajo de venado y le engulló rápidamente.

—¡Ya es mio! ¡Miserable gloton!—gritó el botánico con el semblante trasfigurado por el maligno júbilo de que se sentía embargado.

B. MEDIANO Y RUIZ.

(Se continuará.)

LA FELICIDAD.

SONETO.

Imán eterno de la vida humana,
A todas horas su atraccion sentimos;
Fantasma brillador que perseguimos
Magnetizados por su lumbre vana.
Como vision fosfórica y liviana,
Cruza veloz, ligeros le seguimos,
Y si ayer alcanzarle no pudimos,
No le podremos detener mañana.
De poco sirve al jóven y al anciano,
A tierños niños y á caducos viejos,
Tras él marchar cuando le ven cercano.
Cerca miran los hombres sus reflejos;
Pero al ir á tocarle con la mano,
Huye el fantasma y se le vé más lejos.

VALENTIN MARIN Y CARBONELL.

LIBROS RECIBIDOS EN ESTA REDACCION.

PROLEGÓMENOS DEL DERECHO, HISTORIA Y ELEMENTOS DEL DERECHO ROMANO, por D. Julian Pastor y Alvira, catedrático de esta asignatura en la Universidad de Madrid.—*Parte primera. Prolegómenos.*—Madrid, 1877.—Un tomo en 4.º de 150 páginas.

Quisiéramos dar acerca de este libro, más que la breve noticia á que por hoy nos obligan la escasez del espacio y la premura del tiempo, un juicio detenido y digno de la importancia que revisten las obras del Sr. Pastor y Alvira, nuestro antiguo y respetable profesor; pero, si ahora no, más adelante, cuando la obra romanista del ilustrado catedrático de la Universidad Central se halle completamente terminada, dedicaremos á ella la cuidadosa atencion que merece.

Entre tanto, nos limitamos á consignar que los Prolegómenos escritos por el Sr. Pastor son un modelo en el género didáctico por su método esquisito y racional, sencillez notable, concision perfecta y doctrina selectísima.

Muchos y buenos libros de Prolegómenos andan en manos de los estudiantes españoles, y sin salir de la Universidad de Zaragoza, vemos que sus doctos profesores de Derecho Romano, los señores D. Antonio José Pou y D. Luis Anton Miralles, han escrito dos excelentes libros sobre la indicada materia. Pero esta abundancia, que reconoce y aplaude el Sr. Pastor, queriendo excusar modestamente la publicacion de su libro, no empece en modo alguno al mérito y oportunidad de los Prolegómenos que escriben maestros tan profundos é inteligentes como el autor de la obra que hemos mencionado.—C.

¿QUIERE V. REIR? ¿POR QUÉ NO?—*Cuentos humorísticos*, recopilados y expuestos por Cesare Ristori, artista de verso y canto, traducidos por R. Ramirez de Arellano.—Zaragoza, 1879.—Un librito de 63 páginas.

El Sr. Ristori, inteligente artista de la compañía italiana que ocupa actualmente la escena del Teatro Principal de Zaragoza, ha tenido la ocurrencia de recoger en breves páginas ciento siete anécdotas y chascarrillos, de lo más vulgar y sabido, cuando no de lo más insustancial y de mal gusto, que anda en bocas italianas y españolas.

La traduccion es modelo de traducciones... detestables.

ZARAGOZA: IMP. DEL HOSPICIO PROVINCIAL.